

en nada mejoraban la comprometida posición de los españoles. Por el contrario; cada encuentro de esos, aumentaba sus bajas que, unidas á las que diariamente causaba con sus enfermedades el mortífero clima, tenían que dar por resultado el completo aniquilamiento de la expedición.

El brigadier español D. Isidro Barradas se veía precisado á verificar continuas salidas para obligar á sus contrarios á permanecer á regular distancia y no carecer de provisiones frescas para la plaza. Con este motivo y el de hacer ver que su tropa se hallaba con todo el brio necesario para no desistir de la empresa acometida, dispuso salir hácia Altamira, distante siete leguas de Tampico, donde se había situado el general D. Felipe de la Garza que, aunque había ofrecido, cuando fué hecho prisionero, no hostilizar á las tropas expedicionarias de Barradas, se juzgaba libre de todo compromiso para resistir y luchar cuando se viese hostilizado en cualquiera punto que se hallase. Para impedir el paso de las tropas expedicionarias, había colocado sus fuerzas en diversos puntos, y el general D. Manuel Mier y Terán había hecho construir dos reductos que defendiesen el camino, uno en Villerías y el otro á distancia de legua y media del primero, en un desfiladero que solo permitía un ataque de frente. Barradas, dejando una corta guarnición en Tampico y cuatrocientos hombres en el fortín de la barra, salió hácia Altamira, al frente de una división de mil cuatrocientos hombres, que era de cuanto podía disponer, pues pasaban de ochocientas las bajas sufridas en su ejército por las enfer-

1829. medades y las balas (1), dejando encargado de

(1) El oficial de la expedición, de cuyo diario me valgo en esta parte de la

la defensa de la plaza al coronel D. Miguel Salomon, y del fortín de la barra al coronel D. Luis Vazquez, uno de los militares mas pundonorosos y valientes que fueron en la expedición. Barradas, formando su columna convenientemente, emprendió la marcha, y se dirigió primeramente á Villerías, que era el primer reducto, el cual lo defendía el general D. Manuel Mier y Terán. El jefe español avanzó sobre Villerías en la noche del 16 de Agosto, y á las nueve de la mañana del 17 atacó la posición con extraordinario denuedo por el frente y los flancos. El reducto estaba construido en un paso estrecho del camino que circundaba un espeso bosque, y aunque bastante fuerte, tenía la desventaja de poder ser envuelto. Previendo esto, el general Terán, que al saber reunía la experiencia, había construido á su retaguardia otra fortificación ó reducto, distante, como dejo dicho, legua y media del primero, que reunía todas las condiciones para una excelente defensa. El primer reducto fué tomado por los españoles despues de una tenaz resistencia, y en seguida marcharon sobre el segundo, á donde Terán se había replegado en buen órden. Los expedicionarios se lanzaron sobre las murallas con ímpetu terrible despreciando el fuego de la artillería, y los mejicanos les recibieron con extraordinario denuedo. La lucha fué, en consecuencia, terrible. El valiente general Terán, subiéndose sobre el parapeto, dijo á sus soldados estas entusiastas palabras al tiempo que

historia, dice: «Concluidos estos encuentros, las bajas iban en aumento, y ya se contaba el crecido número de 800 soldados, 7 sargentos y 13 oficiales enfermos por consecuencia de las influencias del clima.»

resistía á sus contrarios: «Soldados, si Méjico ha de ser libre, es menester regar con la sangre de sus hijos el camino que disputan sus enemigos.» Entonces se redoblaron los esfuerzos de los combatientes: los expedicionarios saltando el parapeto, penetraron en el reducto, donde se trabó una lucha á la bayoneta; y aunque Terán se vió precisado á retirarse y ceder el campo á sus contrarios, logró salvar su artillería. Tomados por Barradas los dos reductos, marchó en seguida sobre Altamira, donde penetró despues de un ligero combate, retirándose el general D. Felipe de la Garza, á distancia regular, situando su campo en medio de los caminos que salen de Altamira para Presas y para Horcasitas. Muchas y sensibles fueron las pérdidas que tuvo el general Terán en su tropa entre muertos y heridos en la defensa de los dos reductos; algunas las cajas de guerra que tuvo que abandonar y no pocas las armas que se perdieron en la retirada; pero esas pérdidas las sufrió en medio de una lucha gloriosa, en que, batiéndose con valor, dejó bien puesto su nombre y el de sus soldados. Tambien la division española tuvo algunas bajas, contándose entre los que murieron en el ataque del segundo reducto, un comerciante español de Tampico, de los que habian salido en la expulsion, llamado Zubiaga, que se habia ofrecido á servirles de guia.

El general expedicionario D. Isidro Barradas alojó su fatigada tropa en los puntos mas convenientes de Altamira, observando él y sus soldados una conducta noble y afable con sus habitantes.

Acontecia esto el 17 de Agosto por la tarde, hora en que la division tenia necesidad de descanso y de alimen-

1829. to, pues habia sido un dia de continuos combates en el penoso trayecto de siete leguas que anduvo, sin haber tomado otra cosa que el rancho al salir de Tampico.

El general mejicano D. Antonio Lopez de Santa-Anna, conociendo lo importante que seria apoderarse de Tampico en aquellos momentos en que Barradas se hallaba en Altamira, pues consiguiéndolo, la division española se encontraria sin punto de refugio, se propuso sorprender á la corta guarnicion. Las circunstancias eran favorables: si lograba la sorpresa que meditaba, la rendicion de la plaza se efectuaría antes de que Barradas pudiese tener aviso del ataque y hacer una jornada de siete leguas, encontrándose en consecuencia, en la precision de rendirse. Sin pérdida de momento empezó Santa-Anna á preparar todo lo que era necesario para dar el golpe proyectado, y al mismo tiempo envió una orden á los generales Don Felipe de la Garza y D. Manuel Mier y Terán para que molestasen en su marcha al brigadier Barradas, en caso de que hiciera algun movimiento con direccion á Tampico. Con una actividad y un empeño que le eran propios, reunió cuantos botes, lanchas y canoas habia disponibles para pasar el rio Pánuco y penetrar en Tampico sin ser visto ni sentido hasta que no estuviese encima de los soldados que guarnecian la poblacion. La plaza no tenia fortificaciones por ese lado, y se podia penetrar en las calles sin encontrar obstáculo, si el desembarco se hacia sin estrépito. Era la noche del 20 de Agosto: Santa-Anna, con la mayor prontitud y sigilo embarcó en las canoas, botes y lanchas, una division de seiscientos hombres de

de tropa escogida, compuesta del 3.º de infantería de línea, cuatro compañías de preferencia del 2.º, 5.º y 9.º de línea, y cuarenta artilleros con dos piezas de montaña. A esta excelente tropa, se agregó alguna fuerza de milicianos que se manifestaron deseosos de combatir, y dos escuadrones, con muy corta fuerza, de los que pertenecían á Jalapa, Orizaba y Veracruz. El embarque se hizo con el mayor orden, y á las diez de la noche la division se hallaba ya al otro lado del rio, en el punto llamado el Espartal, que es donde desembarcó, á tiro de fusil de Tampico, en las goteras de la ciudad. Sin pérdida de momento distribuyó Santa-Anna su fuerza en tres columnas: al frente de una se puso él en persona: el mando de otra lo dió al coronel D. Antonio Mejía, que algun tiempo despues murió en Amozoc víctima de la guerra civil; y la tercera la puso bajo las órdenes del teniente coronel Tellez, ambos jefes de valor y de valía. Lo mas granado de la oficialidad se hallaba en esas columnas que se disponian para entrar en la ciudad y sorprender á su guarnicion, contándose entre ella el jóven capitán Don Francisco Tamariz, cuya serenidad y valor eran proverbiales entre sus compañeros de armas, y el de igual graduacion Gomez del Cid, á quien correspondia perfectamente su apellido.

1829. Dispuestas las columnas de ataque, uno de los milicianos disparó antes de tiempo su fusil, y ese tiro anunció á la guarnicion del peligro que la amenazaba. El coronel español D. Miguel Salomon puso inmediatamente sobre las armas á sus soldados y dictó las disposiciones necesarias para resistir el ataque, tomando el

fusil hasta los enfermos que, dejando el lecho, se colocaron en las ventanas del edificio en que estaban, para hacer fuego desde ellas á los asaltantes que se aproximaran. Salomon, desde el instante que conoció el peligro, envió un recado al brigadier Barradas, con una persona de confianza, dándole aviso de lo que pasaba y diciéndole que marchase en su socorro. El general D. Antonio Lopez de Santa-Anna, para no dar tiempo á que sus contrarios tomasen todas las disposiciones que el caso exigia, apresuró el paso y penetró en las calles de la ciudad formando dos columnas paralelas, resuelto á tomarla á todo trance. Al llegar á los edificios ocupados por los soldados españoles, un fuego mortífero cayó sobre los asaltantes secundado por el que hacian dos lanchas que flanqueaban las columnas de ataque: los mejicanos, lejos de desmayar por aquella terrible resistencia, sintieron crecer su bravura, y continuaron esforzándose por alcanzar el triunfo. La lucha continuó con igual ardor y valentía por una y otra parte, disputándose palmo á palmo el terreno. Nadie queria ceder á su contrario el punto en que combatia. No podia darse la preferencia en valor á ninguno de los contendientes, pues si cierto es que los intrépidos asaltantes fueron rechazados en varios edificios, tambien lo es que se apoderaron de la casa del francés Mr. Tuger, á pesar de la resistencia heroica con que la defendieron los españoles, tremolando en seguida en ella la bandera del 3.º de línea, que fué el cuerpo que asaltó el edificio. En esta obstinada lucha, en que nadie estaba dispuesto á ceder, las pérdidas eran ya considerables en relacion al número de combatientes. Las bajas de los es-

pañoles puede asegurarse que estaban á igual altura que las sufridas por los mejicanos; y las de éstos ascendian á cien hombres entre muertos y heridos, de la clase de soldados; de la oficialidad murieron el comandante Jáuregui, por un golpe de metralla disparado de una de las dos lanchas que tenian los españoles; el coronel D. Luis Lopez, el capitan D. José Garduño, y el subteniente Don Manuel Diaz; heridos hubo tres oficiales subalternos. Tambien murió en el combate D. Ramon Castillo que, con el noble afan de combatir en defensa de su patria, se agregó á la compañía de cazadores del 2.º de línea. El general Santa-Anna estuvo varias veces en riesgo de perder la vida: el frac que vestia estaba agujereado en el cuello y los faldones, por tres balas de fusil (1).

La lucha se prolongó hasta las dos de la tarde del 21. Conociendo el general Santa-Anna que no podria tardar Barradas en llegar en auxilio de la guarnicion, y tratando de lograr que ésta se rindiese antes de que fuese socorrida, enarboló bandera de parlamento con objeto de hacerla capitular, para quedar así dueño de la plaza, aunque otros dicen que fué D. Miguel Salomon quien la presentó. Pero sea de esto lo que fuere, porque en uno y otro lo que supondria es estrategia, Santa-Anna para lograr su objeto antes de que acudiesen en auxilio de la plaza, y Salomon

(1) Estas noticias del ataque dado á Tampico las debo á los apuntes que me dió en Méjico el Sr. Iturria, coronel mejicano que se halló en aquella campaña y hombre sumamente veraz, pues de este hecho no da pormenores el diario manuscrito del oficial expedicionario, porque se hallaba en Altamira con Barradas.

para dar tiempo á que llegase, pues lo habia pedido desde el principio del combate, es lo cierto que, en vista de la bandera blanca, se suspendieron los fuegos. El general mejicano intimó entonces al jefe español la rendicion con toda su fuerza. Salomon contestó que escucharia las proposiciones, y poco despues se avistaron los jefes nombrados para arreglar los términos de la capitulacion.

1829. No bien habian empezado las conferencias entre los comisionados de una y otra parte, cuando llegó á la ciudad un individuo enviado por Barradas, para anunciar al coronel Salomon su pronta llegada; pero la persona enviada fué capturada por el coronel Castrellon, ayudante de Santa-Anna, y no pudo comunicar la noticia al jefe español. Viendo Castrellon que, con efecto, la division expedicionaria llegaba ya, pues se descubria á poca distancia la nube de polvo que levantaba en su veloz marcha, corrió á decir á su general lo que pasaba, y en seguida, con serenidad imperturbable se presentó á donde estaban los conferenciantes, diciendo á sus compañeros de armas: «Señores, acaban de llegar dos mil hombres mas». Los comisionados españoles creyeron que se referia á un refuerzo mejicano y se miraron sorprendidos, mientras Castrellon, haciendo una seña de inteligencia á los nombrados por Santa-Anna, salió á reunirse con su general, dándoles á entender lo que pasaba. Santa-Anna, aprovechando los instantes en que se trataba de las condiciones de la capitulacion, trató de embarcar su tropa en las canoas y botes en que la habia pasado; pero en aquellos momentos se presentó Barradas con su division, sin que hubiesen podido molestarle en el camino Garza ni Terán

por el mal estado en que se hallaba su gente con motivo de los encuentros anteriores, y entonces permaneció quieto á la cabeza de sus soldados, haciendo saber al brigadier español, por medio de un ayudante, que se habia entrado en conferencia con el coronel D. Miguel Salomon, porque éste habia pedido parlamento. Barradas pudo romper el armisticio, puesto que aun nada se habia arreglado, ni se habia acordado que nadie pudiese ir en auxilio de sus respectivos compañeros; pero queriendo usar de una política de moderacion y conciliadora, se limitó á tener una entrevista con el jefe mejicano, en medio de ambas fuerzas. La conferencia se redujo de parte de Barradas á manifestarle que no habia sido enviado por su monarca para hacer daño á los pueblos, sino en la de que anhelaban unirse á España; que, por lo mismo, podia dirigirse libremente con sus tropas á su cuartel general, para entrar desde allí en contestaciones que evitasen el derramamiento de sangre y los horrores de la guerra. Santa-Anna contestó que nadie como él anhelaba ahorrar á la humanidad las dolorosas escenas de una lucha, y embarcando en seguida su tropa, cruzó tranquilo el rio, dirigiéndose á Pueblo Viejo, donde tenia su cuartel general.

Este acto generoso de Barradas ha dado lugar á que algunos, sin conocimiento de los hechos, le hayan acusado de traidor, diciendo que se vendió al oro de Santa-Anna. Nada mas injusto que esta acusacion. Barradas deseaba captarse la voluntad de los mejicanos, manifestando que solo combatia cuando se veia precisado á ello. Que este era el plan de conducta que se habia trazado al

empezar la campaña, lo revela el haber dejado en libertad á todos los que en los diversos encuentros habia hecho prisioneros, sin exceptuar á los jefes y oficiales.

El general D. Antonio Lopez de Santa-Anna, aunque vió frustrado su intento de apoderarse por sorpresa de Tampico, se propuso continuar sus ataques sobre la ciudad, hostilizándola con su artillería, construyendo reductos en los puntos principales, y situando convenientemente las fuerzas de su ejército, formando diversas divisiones. Acto continuo de haber llegado á su cuartel general, estableció en el sitio llamado *El Humo*, una batería de obuses: otras dos piezas de á doce se situaron en el punto denominado *Las Piedras*; y para cortar la comunicacion entre Tampico y el fortin que los españoles habian construido en la barra, situó otra batería de cuatro cañones de grueso calibre, por consejo del inteligente general D. Manuel Mier y Terán, en la ranchería llamada *Doña Cecilia*, cuyas fortificaciones, lo mismo que todas, fueron dirigidas por el referido Terán.

1829. Viendo Barradas que ni los hechos de armas ni las proclamas llamando á los pueblos y al ejército al pasado orden de cosas vireinal, habian producido el resultado que se habia hecho concebir á Fernando VII, haciéndole creer que el país anhelaba volver á ser gobernado por él, resolvió recurrir á un medio que arreglase la cuestion sin mas derramamiento de sangre. El medio era entrar en conferencias amistosas con el general D. Antonio Lopez de Santa-Anna. Es de presumirse que el objeto que Barradas se proponia en ellas era hacerse de pruebas que patentizasen que el país no anhelaba volver á

unirse á España, para así poder informar al capitán de la isla de Cuba el error en que se había estado, y con las instrucciones de éste, desistir de la empresa, salvando así su responsabilidad. El escritor mejicano D. Juan Suarez Navarro opina que Barradas trató de poner en juego ese medio «para proseguir el plan de seducción que quiso llevar á efecto desde que saltó en tierra»; y que «por medio de entrevistas y ofrecimientos se creía conseguir lo que no era posible por la fuerza». Pero no es verosímil que Barradas hubiese formado un concepto desfavorable de Santa-Anna juzgándole accesible á la seducción en contra de la independencia de su patria, ni es concebible que pensase en hacerle ofrecimientos, cuando el general mejicano contaba con fuerzas numerosas y se hallaba en posición muy ventajosa á la suya. Además, Barradas sabía muy bien que Santa-Anna era el jefe que proclamó en la fortaleza de Perote, entre otros artículos, la expulsión de españoles, y mal podía esperar de él nada favorable á la expedición, respecto á dominio. Otra circunstancia viene en apoyo de que el jefe español trataba de entrar en conferencias, no con la idea de seducción, cosa que era imposible cuando todo se le presentaba desfavorable, sino de no caer en desgracia de su soberano, si desistía de la empresa, conocido el error en que se había estado al acometerla. Acompañaba á Barradas en la expedición, pues le había suplicado en la Habana que le llevase en ella, D. Eugenio de Aviraneta, el mismo que, para pasar por personaje de importancia entre algunos ilusos españoles, les había hecho creer en años anteriores que estuvo en Veracruz redactando *El Veracruzano Libre*, que era co-

misionado régio para trabajar por que el país volviese á unirse á España. Fusilados los sacerdotes Arenas y Martínez, que, creyendo en ese absurdo, trataron de formar una conspiración, D. Eugenio de Aviraneta se marchó á la Habana, donde permaneció hasta que, dispuesta la expedición, se presentó á Barradas haciéndole ver que conocía mucho Méjico, y solicitando acompañarle. El jefe expedicionario, juzgando que podría serle muy útil por esa circunstancia y viendo que era un hombre de talento, accedió á su solicitud, llevándole de secretario político. Aviraneta había tratado á Santa-Anna en Veracruz, y viendo que el país, lejos de adherirse á la expedición, enviaba de todas partes fuerzas para combatirla, es de suponerse que esperando alcanzar de Santa-Anna, por la
1829. amistad que mediaba entre ellos, la manera de que Barradas quedase bien á los ojos de su soberano, aconsejase al jefe español á que solicitase una entrevista con el general en jefe mejicano. No es posible saber, sin embargo, cuál fué el verdadero objeto que se propuso Barradas al intentar tener esas conferencias con Santa-Anna, porque éste rehusó entrar en ellas. Lo que hay de cierto es, que el jefe expedicionario dirigió al general mejicano una carta el 25 de Agosto, esto es, cuatro días después de haber vuelto de Altamira, en que solicitaba tener con él una entrevista en el punto llamado *El Humo*, que era uno de los fortificados por Santa-Anna, al cual únicamente le acompañaría su secretario político D. Eugenio Aviraneta. Éste incluyó la expresada carta dentro de otra suya que escribió también al general mejicano, en la que, dándole el nombre de *estimado amigo*, le decía,

«que le incluía adjunta la carta del señor comandante general»; que «convenía que se viesen, hablasen con franqueza solos los tres, y arreglasen algo que redundase en provecho de Santa-Anná y de todos en general». Aviraneta terminaba su brevísima carta con estas palabras: «Se va de buena fé: soy su amigo, y nunca capaz de faltar al afecto que profesa á V. su amigo». En el mismo día 25 contestó á las dos cartas el general mejicano, desde su cuartel general de Pueblo Viejo, excusándose á la entrevista solicitada. En la dirigida á Barradas le decía que: «Desde luego se prestaría gustoso, como le había ofrecido, á la entrevista que le pedia, si á virtud de la que tuvo con el señor general Garza» (cuando éste cayó prisionero) «no hubiera prevenido el Supremo Gobierno que las evitase en lo sucesivo». Estas palabras de Santa-Anna manifiestan que Barradas había solicitado la conferencia, porque aquel le había ofrecido entrar en pláticas amistosas cuando se encontró colocado en Tampico entre las fuerzas de la guarnición y la división del jefe expedicionario; pero que, salido de aquel conflicto y viéndose ya en posición muy ventajosa, juzgó conveniente no entrar en conferencias, disculpándose con que el Gobierno se oponía á ellas. Que la disposición no había emanado del Gobierno y que fué un recurso de que Santa-Anna echó mano para negarse á la entrevista que había ofrecido, se ve en la nota oficial que, con fecha 26 de Agosto, esto es, al siguiente día, dirigió al ministro de la Guerra con todas las cartas, en que le decía entre otras cosas: «Yo me prometo que el Supremo Gobierno *aprobará mi conducta* en este particular, penetrándose de que *mi opinión es que no*

entremos en ninguna clase de contestaciones con unos hombres con quienes no debemos hacer otra cosa que lidiar, en estas circunstancias. Yo no he podido encontrar un sesgo mas decoroso que el que apunto en mi contestación, no solo para negarme á la entrevista que me pidió el general español, sino para hacer ver que el Gobierno mejicano está distante de entrar en transacciones con los enemigos de la independencia (1)».

(1) Las cartas escritas por Barradas y su secretario Aviraneta, y las enviadas por Santa-Anna en contestación á ellas, son las siguientes:

«Sr. D. Antonio Lopez de Santa-Anna.—Tampico de Tamaulipas, 25 de Agosto de 1829.—Muy Sr. mio: V. S. debe estar penetrado de mi honrado proceder, así como lo estoy yo de los sentimientos que animan á V. S. Deseo tener con V. S. una entrevista en el Humo, acompañado de mi secretario político D. Eugenio Aviraneta, para tratar asuntos que le interesan á V. S. y á todos en general.

»Se ofrece de V. S. este su atento servidor, q. b. s. m.—*Isidro Barradas.*»

«Tampico de Tamaulipas, 25 de Agosto de 1829.—Mi estimado amigo: Incluyo á V. la adjunta carta del señor comandante general. Conviene que nos veamos, hablemos con franqueza solos los tres, y arreglemos algo que redunde en provecho de V. y de todos en general.

»Se va de buena fé: soy su amigo, y nunca capaz de faltar al afecto que profesa á V. su amigo, q. b. s. m.—*Eugenio Aviraneta.*—Sr. D. Antonio Lopez de Santa-Anna».

Las cartas con que contestó el general mejicano decían de esta manera:

«Sr. D. Isidro Barradas.—Pueblo Viejo de Tampico, Agosto 25 de 1829.—Muy Sr. mio: Efectivamente no ha padecido V. S. equivocación al penetrarse del buen concepto que me merece. Desde luego me prestaría gustoso, como ofrecí á V. S., á la entrevista que me pide en su atenta de hoy, si á virtud de la que tuvo V. S. con el señor general Garza, no hubiera prevenido el Supremo Gobierno que las evitase en lo sucesivo.

»Un extraordinario que me llegó anoche de la capital, con fecha 22 del que corre, me trajo la nota indicada, prescribiéndome que no oyese á V. S., si no era para capitular ó para evacuar el territorio de la República. Yo soy súbdito de un Gobierno cuyas órdenes debo obedecer, y no me es permitido infringir